

Anotaciones sobre la tentación en los escritos freudianos

Summary: *This paper shows the importance of temptation in Freud's work. At the beginning there is a brief explanation about temptation from psychoanalytical perspective. Then this piece of writing poses if the seduction and the fantasy are sources for temptation and presents the contribution of prohibitions to the formation of temptations. Finally it studies guilt as result of to fall in temptations. In the conclusions this article focuses an appraisal to the temptation topic from a philosophical perspective.*

Resumen: *Este escrito muestra la importancia de la tentación en el psicoanálisis freudiano. Parte de un intento de explicación. Luego plantea si la seducción y la fantasía son fuentes, y pasa luego a presentar la contribución de las prohibiciones en la formación de las tentaciones. Finalmente estudia la culpabilidad en cuanto resultado del consentimiento a ellas. En las conclusiones presenta una apreciación desde una perspectiva antropológico-filosófica.*

En escritos freudianos en que se hacen algunos planteamientos sobre la relación entre religión y moralidad, especialmente *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*, y *Totem y tabú*¹ se encuentra la tentación como un concepto recurrente. Igualmente se puede ver utilizado algunas veces en los estudios de casos de neurosis, y en algunos textos en que el padre del psicoanálisis teoriza sobre estos. En los últimos se puede apreciar mejor la importancia del mismo concepto. Baste con señalar que la defensa a que hace alusión el nombre

de las "neurosis de defensa", en algunas oportunidades, es precisamente contra la tentación.

A pesar de lo anterior, el asunto que nos ocupa no llegó a constituirse en un tema propiamente dicho en los textos de Freud. De hecho no es común encontrarlo como tal en estudios sobre el psicoanálisis freudiano. El *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis² por ejemplo, no lo registra. Sin embargo, la importancia que el uso del término reviste se mostró como un indicio de que dilucidarlo podría constituirse en una forma comprensiva de acercarse a la teoría psicoanalítica freudiana. Esta idea fue lo que dio origen al estudio que se presenta en las siguientes páginas.

Es necesario advertir que el presente escrito únicamente pretende ser una primera aproximación al tema. Se procura en él establecer la importancia de la tentación en la vida psíquica del individuo, para lo cual se indaga una explicación, apelando especialmente a la perspectiva dinámica de la teoría psicoanalítica freudiana.

La idea que nos ha orientado en estos intentos puede expresarse de la siguiente manera: en la tentación se reconoce un resultado de la renuncia a la satisfacción de un impulso. Ella es la manifestación de la convergencia de energías de signo contrario en el yo. Por una parte la energía que impide la satisfacción inmediata del impulso, y por otra la energía del afecto correspondiente a ese impulso, que se esfuerza por llegar a la motilidad en procura de su satisfacción.

En cuanto al camino que se sigue aquí es necesario partir de la base de que el psicoanálisis freudiano se originó en la búsqueda de respuestas a problemas patológicos, la cual exigió a su autor planteamientos teóricos sobre el ser humano y su

psiqué. Por esta razón se tendrá especialmente en cuenta una patología relacionada con las tentaciones: la neurosis.

Para comprender mejor esta primera aproximación al tema de la tentación, comenzaremos por hacer un breve planteamiento sobre lo relacionado con la represión, dada su estrecha relación con él, así como su reconocida importancia en la vida psíquica del individuo, según Freud. Luego, a modo de ilustración habrá una breve referencia a dos fuentes de la tentación, la seducción y la fantasía. Después se pasan a señalar algunas consideraciones sobre las prohibiciones presentes en la tendencia a impedir la satisfacción de los deseos, y finalmente se exponen ideas sobre la culpabilidad como consecuencia de consentir a la tentación.

Tentación y represión

Hay una serie de comportamientos relacionados por Freud con las "neurosis de defensa". Ellos son mencionados explícitamente en sus obras, en cuanto síntomas que tuvieron su origen en la defensa de la psiqué contra la tentación. En todos ellos se encuentran como constantes su ejecución repetitiva, y el malestar que provoca al sujeto omitir su realización. De estas conductas el sujeto es normalmente consciente, pero él mismo no podría explicar claramente el por qué de ellas. Entre estas podemos encontrar por ejemplo los actos ceremoniales³, así como las indescifrables prohibiciones para realizar determinados acciones, o casos de renunciamentos y limitaciones de la libertad⁴; también los cambios repentinos en el comportamiento como por ejemplo una aparición de verbosidad inagotable⁵, o algún afecto cariñoso aparentemente inexplicable⁶ o la atribución sin justa causa de actos, sentimientos o intenciones a otras personas⁷, justificaciones innecesarias o inculpaciones por actos no cometidos⁸; además se pueden añadir efectos como parálisis inexplicables, crisis emocionales con teatralidad, temores a objetos específicos, a la soledad, a lugares, agorafobias⁹, etc.

Desde muy tempranos momentos ocuparon la atención de Freud la existencia de "ideas antitéticas" que se constituían en obstáculos de las intenciones conscientes¹⁰. Los estudios clínicos que presentaban comportamientos como los enumerados en el párrafo anterior llevaron a nuestro autor, a establecer teóricamente un vínculo entre ellos y la represión de deseos sexuales. En general se

puede decir que la represión es considerada desde los escritos de entonces, como un tipo de negación a la satisfacción de un impulso, sin por ello dejar sin efecto la energía del impulso reprimido. Lo que finalmente se consigue es la coerción de la vivencia del displacer, tanto en la percepción como en la instancia psíquica de preparación para la acción o preconscious (en adelante Precc.).

Además, Freud estableció una distinción entre represión primitiva y represión propiamente dicha; en la represión primitiva, según él, la representación psíquica del impulso ve negado el acceso a la conciencia, lo cual se traduce en una fijación¹¹. Entonces la representación de que se trate permanece sin cambios a partir del momento de la negativa, quedando el impulso ligado a ella. Desde una perspectiva evolutiva, la fijación puede ser definida diciendo que un instinto, o una parte de un instinto, no sigue el desarrollo previsto como normal, y permanece entonces en un estado infantil¹².

La segunda fase de la represión, o represión propiamente dicha, recae sobre ramificaciones psíquicas del impulso reprimido en la represión primitiva o sobre aquellas series de ideas procedentes de fuentes distintas, pero que se han conectado en forma asociada con aquel impulso. La fuerza que cobran los impulsos reprimidos, se debe a la atracción que lo primitivamente reprimido ejerce sobre aquello con lo que entra en contacto, rechazado por lo consciente, además de la acción de la energía con la que se repele el material que ha de ser reprimido¹³.

Los impulsos sexuales fueron considerados como las fuentes principales de energía psíquica, y aquellos que podían ser reprimidos. Luego se suscitó un cambio importante en el pensamiento de Freud, al incluir en su teoría la pulsión de muerte. Esta se manifiesta especialmente en los impulsos agresivos, los cuales también suscitarían tentaciones¹⁴. Sin embargo, la explicación de los comportamientos neuróticos fue particularmente explicada constantemente con base en los impulsos sexuales y su desarrollo. Según esta visión en la maduración de los impulsos sexuales hay un proceso que se da en dos grandes fases: una inicial, también llamada de autoerotismo, en la cual cada uno de los impulsos parciales busca placer independientemente de los demás en las distintas zonas del cuerpo, y la fase de síntesis de los impulsos parciales, que se da junto con la elección de objeto (la persona de la que parte la atracción), conducidos finalmente por los impulsos genitales. En

medio de las dos fases se encuentra un período de latencia de los impulsos sexuales.

Teniendo en cuenta lo anterior la genesis del mecanismo que explica los comportamientos mencionados antes (pag. 110) se pueden explicar como sigue: Si un impulso sexual inconsciente, apto para recibir una transferencia, acoge un refuerzo proveniente de otra idea por la atracción mencionada, se puede poner al impulso en situación de intentar exteriorizarse. Como éste había sido rechazado una vez, surge entonces una lucha defensiva para evitar otros intentos. Con el fin de contrarrestar el intento de salida, en el Precc. emerge la oposición contra las ideas reprimidas (contracarga)¹⁵. Si el deseo inconsciente logra superar la fuerza de repulsa del Precc. debido por ejemplo al camuflaje de la transferencia, pueden presentarse varias manifestaciones observables. La emergencia de impulsos reprimidos mediante este mecanismo explica fenómenos muy comunes como los actos fallidos y los sueños. Pero cuando los impulsos reprimidos se han reforzado de tal manera que llegan a tener una energía muy poderosa, buscan salida por medios que rayan el límite de la salud. Ya no se limitan a ser aislados actos fallidos, sino que producen en el individuo comportamientos, igualmente independientes del yo pero más constantes, entre los cuales están los enumerados antes. En realidad estos comportamientos corresponden a diferentes formas de defensa utilizadas por el Precc. en la lucha contra los impulsos apremiantes. Lo que ha sucedido es que en estos casos se ha dado una transferencia del deseo a la defensa misma, de tal suerte que la lucha defensiva ya no será directamente contra el deseo que busca salir, sino contra la defensa misma al cual ha sido transferido¹⁶. Los comportamientos pasan a ser llamados síntomas, por cuanto son manifestaciones aparentes de situaciones internas que pueden ser de naturaleza diferente e incluso completamente opuestas.

Se puede decir entonces, que la tentación atañe a la influencia de los impulsos sexuales reprimidos¹⁷. Y se puede añadir que ella se constituye en un factor fundamental en la generación de los síntomas, hasta el punto que todos éstos fueron precisamente en su origen defensas contra ella, pero llegaron a ponerse inconscientemente al servicio del deseo, sustituyéndolo.

Ahora bien, para comprender la posibilidad de que se de una forma de influencia de los impulsos reprimidos hasta el punto de generar síntomas como

los comportamientos mencionados, es necesario señalar que la tentación es siempre tentación de..., es decir es tendencia a realizar un acto particular en función de la satisfacción de deseos, suscitados ante nuevos impulsos, percibidos conscientemente. Estos nuevos impulsos pueden tener su origen en estímulos, es decir fuentes externas al sujeto, o en impulsos provenientes de vivencias internas¹⁸. Pero las fuentes no suscitan el impulso por sí mismos, sino que despiertan en el sujeto los impulsos sexuales reprimidos presentes bajo su representación, y los refuerzan de tal suerte que se produce en ellos una fuerte tendencia a la satisfacción del impulso. A la tendencia anterior se une en las tentaciones, otra de signo contrario, dada por la emergencia de la oposición contra las ideas reprimidas, a los cuales se han asociado los nuevos impulsos, para contrarrestar su intento de salida. Sobre ésta última tendencia se hará más adelante una breve referencia en el apartado dedicado a las prohibiciones.

Lo que el yo del neurótico puede percibir siempre en la tentación entonces, son las tendencias a realizar tal o cual acción particular, y su contraria, pero no propiamente los impulsos reprimidos ni su contraparte también inconsciente, la oposición a ellos. Partamos de la base de que el yo pueda percibir tanto el deseo como la contraparte, el peligro que su satisfacción tendría. Ello significaría a su vez que el deseo forma parte del yo, o sea que lo reconoce como algo suyo. Esto debido a que, según nuestro autor "...sólo puede hacerse consciente lo que ya fue alguna vez una percepción consciente", por lo que si algo quiere devenir consciente desde el interior "tiene que intentar transformarse en percepciones exteriores, transformación que consigue por medio de las huellas mnémicas"¹⁹. Precisamente la terapia busca en los casos patológicos que el sujeto se remonte hasta la mayor aproximación posible a aquellas huellas, de tal manera que pueda reconocer el deseo y las dificultades para satisfacerlo que sirvieron de base para las siguientes.

La generación de la neurosis se debe a que, cuando se presenta la tentación, el sujeto no dilucida las tendencias presentes en ella, sino que juzgándose sin fuerzas para resolver la contradicción, prefiere olvidar la representación, sensación o afecto que le resultan intolerables. Esta represión sumada a la "represión sexual" traída consigo desde la infancia puede conducir a situaciones cada vez más enfermizas. El tipo de represión que está

en el base de los síntomas neuróticos, representa realmente por parte del yo una forma fracasada de huir de la tentación, es decir de no enfrentarla, sin por ello extirparla. Es decir que el sujeto queda atrapado en ella. Pero luego el impulso logra transferirse a la defensa, lo cual lleva al sujeto a realizar el acto defensivo en forma reiterada y obsesiva, supuestamente en defensa contra el deseo de la tentación, pero realmente motivado por ella. Por su parte los impulsos reprimidos siguen atrayendo más tentaciones que demandan del sujeto mayor gasto de energías, en detrimento de su posibilidad de lograr placer y unido a ello, de percibir y transformar el mundo exterior.

Los estudios freudianos llevaron al autor a aplicar la teoría que se desprendía de ellos, hasta señalar en general disposiciones del carácter de los individuos que los hacen susceptibles para ciertos tipos de tentaciones. Así tenemos, que en individuos, cuyo carácter manifiesta influencia de las zonas erógenas debido a fijaciones en diferentes etapas de la evolución sexual, su comportamiento se puede relacionar con los tipos de tentaciones que se le puedan presentar. Así por ejemplo, del erotismo anal se puede seguir la obstinación, la economía y el orden; el interés por la defecación puede resurgir en el interés por el dinero, mientras que la ambición sería determinada por una intensa disposición al erotismo uretral²⁰. Otro ejemplo es el caso del masoquismo, el cual "crea la tentación de cometer actos pecaminosos, que luego habrán de ser castigados con los reproches de la conciencia moral sádica o con las penas impuestas por el gran poder parental del Destino"²¹.

Fuentes de la tentación

Entre los estímulos externos y vivencias internas que podrían mencionarse como fuentes de tentación habría muchísimos. Sin embargo vamos a referirnos a algunos de ellos a los cuales Freud dedica alguna atención.

Uno de estos estímulos mencionados por Freud es la seducción. Por ejemplo, en el caso de la adolescente Dora, uno de los primeros estudios de caso de los analizados con la ayuda de la interpretación de los sueños, este estímulo ocupa un lugar central. En buena parte los síntomas histéricos que presentaba este caso, estaban vinculados con una lucha contra la tentación de ceder a los deseos de un hombre allegado a su familia, el "señor K". El

análisis freudiano muestra que la represión a que somete el deseo de corresponder al amor de K., está relacionada por una parte, con la represión de los placeres propios de una prematura actividad sexual masturbadora, y por otra, con las prohibiciones propias de su nivel de educación moral e intelectual²². El análisis puso al descubierto que un síntoma particular, la aparición de repugnancias inexplicables, estaba vinculado con una escena que vivió sorpresivamente: en una oportunidad el hombre la besó, con lo cual intentó seducirla. Sin embargo, su reacción ante la tentación de ceder a los deseos del seductor consistió en desarrollar una fuerte repugnancia que permanecía en circunstancias en que el hombre aparecía en escena, aun cuando no hubiese proximidad. Así se demostraba a su vez la permanencia de la tentación²³.

Un elemento importante que se debe acotar es que el mayor temor generado en la seducción se debe a la tentación de ceder a los deseos del seductor, pues ellos están relacionados con deseos intensos propios del sujeto. Tal temor no se debe solamente, como podría pensarse, al seductor²⁴. Otro serían los casos de la seducción de niños o mejor dicho de corrupción de menores. En tales casos difícilmente se puede pensar en deseos apremiantes propios de los niños removidos por los actos de corrupción, al menos en un primer momento. Ya después de unas primeras experiencias sí se pueden llegar a presentar. En el caso de niños que están en etapa de latencia, tal corrupción puede hacer que se presenten interrupciones temporales o incluso definitivas del apaciguamiento de los impulsos sexuales propio de este período. Esto puede traducirse en que se conserven en el sujeto impulsos sexuales polimórficamente perversos, lo cual incidiría sin duda en la gama de tentaciones a que se vería sometido en su futura etapa de adulto.

Entre las vivencias internas de las cuales provienen impulsos que pueden conformar tentaciones, una fuente que merece especial atención es la imaginación. Las fantasías se hacen presentes como formas de satisfacción de deseos, mediante la representación de la rectificación de la realidad insatisfactoria²⁵. Ellas pueden suscitarse, aunque no necesariamente, a partir de algo externo. Entonces la conciencia tendría percepción de los deseos inmediatos presentes en lo imaginado. Igualmente podría percibir, en caso de que las hubiera, las cohibiciones correspondientes, tanto para abandonarse a la fantasías, como para permitir la satisfacción real del deseo contenido en ellas. Es decir,

que podría percibir tentaciones suscitadas por la función imaginativa.

Un ejemplo de la influencia de una tentación de este tipo, se presenta en el caso estudiado por Freud sobre una joven que prefirió no alejarse de su casa por un supuesto temor a una incontinencia urinaria. El análisis demostró que la incontinencia sufrida por la paciente era resultado de una experiencia vivida por ella. Posiblemente una muy estricta formación moral la llevó a sentir horror a todo lo relacionado con la sexualidad. Tal horror llevó a prohibirle toda posibilidad de satisfacción sexual. Sin embargo en una oportunidad se permitió, por breves instantes una fantasía con un hombre que vio en una sala de conciertos. La tentación a que la imaginación la llevaba, la excitación correspondiente y el sentimiento producido por la tendencia contraria dada por la prohibición a que se había sometido, la llevó a asociar ésta sensación con el deseo de orinar que casualmente también se hizo presente en el momento de la fantasía. De ahí que el miedo a la posible incontinencia que se daría al abandonar la casa, era miedo a las posibles tentaciones.

Una situación muy diferente se da cuando la persona logra inventar las fantasías de tentación. Es el caso de Hartzman, el artista de escaso éxito, de cuya historia hizo Freud un análisis en su escrito "Una neurosis demoníaca en el s.XVII"²⁶. En él descubrió que las tentaciones que tanto atormentaban al desdichado pintor habían sido más bien un pretexto para buscar la protección de los clérigos de su ciudad. Tal descubrimiento se debió a la extrañeza que le produjo al analista el hecho de que el pacto con el demonio, sólo tenía obligaciones de parte del pintor, pero no contenía ninguna cesión de las que siempre es el demonio oferente, es decir la facilidad de procurarse cualquier placer, "riqueza, seguridad contra los peligros, poder sobre los hombres y sobre las fuerzas de la naturaleza, artes mágicas, y ante todo, placer, el placer dispensado por hermosas mujeres"²⁷. Ante tal falta de reciprocidad en el pacto, ve nuestro autor algo más que tentaciones reales. Lleva entonces el análisis al mismo invento de las creaciones y descubre que el pintor ha hecho una sustitución del padre, quien había muerto, por el demonio. A partir de esta observación, y con base en la explicación de la idea religiosa de un Dios Padre, Freud llega a concluir que la idea religiosa del demonio también puede ser interpretada recurriendo al complejo de Edipo. En la idea de Dios subyace la ambivalencia que

se presenta en la relación con el padre. Mientras que la idea del Dios bueno correspondería a la relación con el padre protector, la idea del demonio mostraría la tentación a la rebelión filial y el miedo al castigo. En el caso particular del pintor las dos representaciones se unen a su favor, pues las tentaciones y el tentador le sirven de pretexto para presentar un supuesto pacto con el demonio que le va a permitir, en contrapartida, acogerse al Dios Padre y a las bondades de los clérigos, entre los cuales finalmente se llegará a contar el mismo pintor.

Prohibiciones y tentación

En las siguientes páginas nos proponemos esbozar una breve explicación de la formación de prohibiciones que conviven en la tentación, oponiéndose a los deseos.

Para llegar a la toma de conciencia de los motivos por los cuales no realizar un acto que satisface un deseo, se necesita un proceso de aprendizaje que, tanto en el individuo como en la humanidad, siempre es susceptible de ajustes. La búsqueda de la satisfacciones de los deseos choca con muchas dificultades, tanto por las limitaciones que le impone su propia realidad corporal, como en su relación con el orden de la realidad no humana exterior al sujeto, y el orden de la relación con los demás seres de su especie. Su vida se debate entre esa exigencia que le imponen sus impulsos (a los cuales corresponde el principio del placer) y la búsqueda de la mejor forma de satisfacerlos, al menos en parte, cuando no se halla, y esto muy frecuentemente, tratando de huir del sufrimiento (a lo que atañe el principio de realidad).

La dificultad de identificarse con los deseos se aumenta especialmente entre los neuróticos, aunque... "un poco de esto existe en todo ser normal"²⁸. Cuando impulsos nuevos hacen su aparición toman por sorpresa al individuo, generándole afectos penosos. Pese a que conscientemente se ve apremiado por ellos, los percibe como impulsos malvados. Entonces una primera forma de restricciones para dar paso a la satisfacción de un impulso en un sujeto, es no poderlo identificar como parte de sí mismo. La represión que se da en esta fase corresponde a la represión primitiva, donde se dan las fijaciones.

Si se logran vencer las resistencia a los impulsos nuevos y se logran identificar el impulso como

algo propio, esto supone que el sujeto ha logrado canalizar la excitación del impulso mediante un deseo. Con ello ha podido además disminuir la tensión provocada por la acumulación de excitación, lo cual es sentido como placer. Como resultado de todo lo anterior se crea una necesidad de repetición del acto satisfactorio. Ahora bien, frente a tal repetición se puede presentar en algún momento una prohibición suscitada por el peligro de un displacer mayor al placer conseguido. Se presenta la lucha entre tendencias la cual se mencionó antes, es decir la tentación. Se expresa en este forcejeo que "nada le es tan difícil (al ser humano) como la renuncia a un placer que ha saboreado una vez"²⁹. El displacer que se anuncia en la prohibición a un acto satisfactorio lo halla el sujeto básicamente como una amenaza que afecta las relaciones con sus más próximos semejantes, sus padres. Para lograr el placer concomitante a la satisfacción de deseos y no sentir displacer, el individuo se ve obligado a someterse a una forma de relación con ellos y luego con los demás, en la cual cuando menos se ve exigido a retrasar la satisfacción inmediata de los deseos, si no a su renuncia. Inicialmente estas exigencias se perciben como algo externo debido a la forma de relación con los demás. Precisamente la evolución psíquica que viene con la maduración del individuo tiene como una de sus características la transformación paulatina de la coerción externa en coerción interna³⁰.

Mientras el proceso anterior se va dando, las prohibiciones externas se presentan como aquellos motivos que se asumen conscientemente para impedir la satisfacción de deseos. Entonces la lucha que se presenta en lo que podría llamarse las "tentaciones" de esta fase, implica algo percibido como propio del yo, los impulsos, mientras que las prohibiciones son vistas como algo ajeno. Por esta razón, cuando la causa de la prohibición externa no está presente se le da fácilmente paso a la satisfacción del deseo de tales "tentaciones". Esto se da especialmente en los niños, pero también es muy frecuente entre los adultos. Cuando la autoridad no se hace presente se da mayor licencia para realizar actos prohibidos por ella³¹. Más aún, puede ocurrir que, vistas las normas como externas, el infringirlas dé al sujeto la posibilidad de considerarse como un héroe³².

Un efecto más que Freud considera a propósito de las prohibiciones percibidas como ajenas, es que ellas mismas pueden suscitar el recuerdo del deseo y así inducir al sujeto en tentación. Tenemos así,

como se señaló antes, que las defensas contra los deseos de la tentación, esta vez extremadamente fuertes, se constituyen más bien en fuentes de aquellas.

Las prohibiciones contenidas en las tentaciones propiamente dichas, corresponden a las que han sido interiorizadas por el sujeto, gracias a una instancia de su psiqué, el super-yo. Tal interiorización llega a producir la representación interior de un peligro exterior, en advertencia a que se diera la satisfacción de un deseo determinado³³. En realidad es esta interiorización de advertencia de peligro, lo que da origen a la facultad de discernir entre lo bueno y lo malo, o mejor aún entre lo conveniente y lo inconveniente, y no una facultad original o innata en el individuo³⁴, (como por ejemplo se puede suponer de alguna manera en la moral kantiana). A esta posibilidad de discernimiento se le llama en un primer momento "conciencia moral". Esta posibilidad, o función, como la llama Freud, converge en el super-yo con otras dos funciones: la de auto-observación y la del ideal del yo. Freud llegó a postular al super-yo en cuanto instancia psíquica, como consecuencia de las dificultades que se le fueron presentando, al explicar el origen de la censura, de enfermedades como la melancolía y las parafrenias. En cada uno de estas últimas se podía mostrar especialmente exacerbada una o algunas de las tres funciones señaladas.

Como se indicó anteriormente, las prohibiciones externas están relacionadas en primer lugar con quien representa la autoridad vigilante. En el caso del niño, tal autoridad corresponde a sus padres, y más especialmente al padre. El displacer que está implicado en la prohibición, está vinculado a su vez con los castigos, los cuales representan finalmente pérdida de cariño. El super-yo corresponde en la psiqué, en su situación primitiva, a la sustitución de la instancia parental, en cuanto autoridad vigilante y amenazante si se transgreden las prohibiciones. En cuanto instancia amenazante y castigadora, Freud ve además que en la formación del super-yo se va dando la introyección de los impulsos agresivos originalmente orientados hacia afuera.³⁵

Ahora bien, el proceso por el cual se produce la internalización de la instancia parental en el super-yo, tiene que ver con la identificación en la cual el yo se comporta como otro yo, le imita y le acoge, porque quiere ser como él.³⁶

Generalmente, la primera identificación se da con uno de los padres. Con esta, se da el desenlace

del complejo de Edipo, en el cual se produce la introyección del rigor del padre y se perpetúa la prohibición del incesto, además de que se garantiza el retorno al yo de las cargas libidinosas.³⁷ Así, se salvan finalmente los genitales de la castración³⁸, la cual se constituía en la principal amenaza de castigo por parte del padre frente a la posibilidad del incesto. Por su parte, la amenaza de castigo es también introyectada. Los conflictos del niño con sus padres, quedan subsumidos en los conflictos del yo con el super-yo, en los cuales el super-yo asume la posibilidad del castigo. El super-yo es entonces la introyección de la ley paterna. La forma que toma el castigo del yo por el super-yo es el remordimiento, o sea la tensión entre las dos instancias como consecuencia del juicio a un acto particular. El remordimiento puede llegar a generalizarse en el sentimiento de culpabilidad, como fruto de una constante tensión muy marcada entre las dos instancias psíquicas. Incluso cabe la posibilidad de que un muy penoso sentimiento de culpabilidad, de origen desconocido en primera instancia, genere en el individuo tentaciones de actos prohibidos, por ser tales, y "porque a su ejecución se enlazaba, para su autor, un alivio psíquico... (pues) quedaba así... adherido a algo tangible"³⁹.

Si la superación del complejo edípico es débil, el super-yo pierde energía. Además pierde también posibilidad de desarrollo, pues la identificación con las figuras parentales marcan el inicio de la formación del carácter en lo que corresponde a identificaciones subsiguientes. En efecto, a este primer caso de identificación suceden otros. En ellos el otro yo de la identificación pueden ser los educadores, y otros modelos ideales, a los cuales el yo les atribuye admiración, ante lo que para él representan perfecciones. El conjunto de estas perfecciones, y que corresponde a la función del ideal del yo. De esta manera las exigencias del super-yo se hacen susceptibles de modificaciones por adición a la primera identificación con el padre.

Instancia exigente, vigilante y amenazante, el super-yo significa para el yo, tanto el conjunto de las restricciones morales, como el conjunto de las aspiraciones a un perfeccionamiento, la suma de lo que se llama lo más elevado en el hombre⁴⁰.

Si bien es cierto que el super-yo puede verse vinculado con el principio de realidad, el cual está a su vez relacionado con el del placer en función de lograr la meta que representa un placer más seguro y duradero, y que evite el displacer, también es cierto que la vida del sujeto va mostrando cada

vez más la dificultad de una perdurable situación placentera. Más bien la exigencia de afrontar el sufrimiento se va haciendo cada vez más cotidiana. El recurso al que más se va recurriendo en este sentido es la moderación de la vida instintiva bajo el gobierno de las elevadas instancias psíquicas, representantes a su vez del principio de realidad. Obviamente esto afecta las posibilidades del placer que se ven sometidas al yo, el cual a su vez las dirige con miras a las exigencias del super-yo. En contrapartida, se hace sentir la ausencia del sentimiento de mayor placer de las pulsiones instintivas indómitas, cuando aún permanecían libres de las ataduras del yo. En ello ve Freud la explicación de la irresistible seducción que ejerce lo prohibido en general⁴¹. Todo esto repercute en el acafo de una mayor fuerza en las tentaciones cuando se hacen presentes, y entonces en una mayor lucha del individuo consigo mismo, tratando de conciliar sus deseos y prohibiciones.

Ceder a los deseos de la tentación

Un ejemplo de la situación en la cual, la influencia de una conciencia moral severa y desconfiada genera mayores tentaciones, la da Freud a propósito de los santos. La paradójica situación en la cual los santos se consideran a sí mismo grandes pecadores, la justifica diciendo que no les falta razón, pues "las tentaciones de satisfacer sus instintos a que están expuestos en grado particular" obedece a que "la tentación no hace sino aumentar en intensidad bajo las constantes privaciones"⁴². Tal como hemos venido señalando la tentación representa una situación de ambigüedad en la cual el sujeto experimenta el deseo de realizar un acto, pero al mismo tiempo el horror que él mismo le inspira, lo retiene⁴³. Tal tentación se puede hacer inacabable en el ser humano, cuando la represión lo conduce a la neurosis. Incluso en la misma medida en que la religión comporta un grado de neurosis de carácter colectivo, allí también se presenta una ambivalencia que se manifiesta, en su mayor grado, en la pugna entre la tendencia a obedecer los mandatos religiosos, los que representan a su vez la nostalgia del padre protector, y su transgresión en la cual se representa la rebeldía filial⁴⁴.

Pero represión que termina en neurosis individual o colectiva no es la única posibilidad de reacción a la tentación. Cabe también la renuncia

consciente a ellas en razón de un interés práctico de la Humanidad⁴⁵. A ello corresponde en último término una idea de conciencia moral presente también en los escritos freudianos, aunque no muy desarrollada. Si bien esta conciencia es resultado del desenlace del complejo edípico, también es necesario afirmar que la renuncia a los impulsos o su canalización obedece finalmente a cierta "solidaridad" con los hermanos en función de que no se repita la situación que dio origen al parricidio. La moral entendida como renuncia consciente a las tentaciones "en razón de un interés práctico de la Humanidad" lleva a Freud a una especie de sentencia, con la cual realiza una crítica de los planteamientos dados en las novelas de Dostoyevski. Dice nuestro autor: "Moral es quien reacciona ya contra la tentación percibida en su fuero interno, y no cede a ella"⁴⁶.

Esta sentencia la contrapone Freud a la actitud que encuentra en los protagonistas de las obras del escritor ruso, en quienes el autor plantea una conciliación entre la conducta personal y la moralidad, mediante la técnica de sentir las elevadas exigencias morales como resultado del remordimiento después de ceder a las más graves tentaciones. Con la sentencia y juicio anteriores Freud desacredita la idea de que sólo quien "ha atravesado los estratos más profundos del pecado puede alcanzar el culmen de la moralidad".

Además de lo anterior, la experiencia clínica de Freud lo condujo desde un inicio a ver los nocivos efectos de la culpabilidad que sobrepasan los planteamientos dostoyevskianos. Los efectos del sentimiento de inferioridad en los neuróticos obsesivos y en quienes sufrían de fobias⁴⁷, le exigían explicación. Esta la descubre, finalmente, al formular la teoría de relaciones entre el ello, el super-yo y el yo. "La neurosis sería resultado de un conflicto entre el yo y su ello, y, en cambio, la psicosis, el desenlace análogo de tal perturbación de las relaciones entre el yo y el mundo exterior"⁴⁸. En cuanto a las neurosis la reformulación de su mecanismo sería así: el yo reprime un exigente deseo impositivo del ello, obedeciendo a los mandatos del super-yo, a los cuales asiente siempre. Pero lo reprimido se rebela y busca en el síntoma una satisfacción sustitutiva, la cual escapa a los dominios del yo. El resultado es el malestar contra la ruptura de la unidad del yo, también inspeccionada por el super-yo y la consiguiente lucha contra el síntoma.

La tentación y la convivencia social

Las prevenciones de castigo y auto-castigo que ceder a la tentación implica, no solamente se dan a nivel individual, sino también a nivel de la colectividad. Por una parte, el hecho de que uno sólo de los miembros ceda a una tentación percibida así por el grupo social, es visto como algo realmente peligroso para todos, pues el mayor efecto no serían tanto las consecuencias inmediatas del acto, sino más bien la posibilidad de contagiar a los demás de ceder a los deseos de la tentación, con las consiguientes secuelas que esto conlleva en la conservación del grupo⁴⁹. Sin embargo, se puede pensar que así como la fuerza de los impulsos reprimidos en el individuo aumentan, así también ocurre a nivel de la colectividad.

Con base en lo anterior, se puede comprender por qué Freud señala que la cultura reposa, cual soberana, sobre la espalda de los impulsos reprimidos como si fuesen esclavos encadenados⁵⁰. De hecho, las pesadas cargas morales impuestas a los individuos en la vida social genera una búsqueda de compensación que en los individuos pueden ser las neurosis y las deformaciones del carácter. Otra forma de soslayar las cargas morales es la hipocresía a que, conscientes o no, se ven sometidos los individuos. El caso de la doble moral sexual en que se debate la vida del hombre de la sociedad occidental, "es la mejor confesión de que la sociedad misma que ha promulgado los preceptos restrictivos no cree posible observarla"⁵¹.

Por esta razón, espacios de tiempo en los cuales se permita ceder a los deseos de las tentaciones ocupan también en la colectividad, un lugar que le da ritmo a la monotonía de la constante renuncia a los impulsos en el mejor de los casos, porque el más frecuente es la represión. Al infringir las limitaciones morales, permitiéndose por ley una satisfacción pasajera de los instintos reprimidos en las fiestas y carnavales⁵², se sustraen también del agobio impuesto por la cultura, que en conjunto presenta rasgos neuróticos. Tal satisfacción no significa necesariamente una gran pérdida de la moralidad relativa a la cohesión del grupo, sino una forma de escape de las defensas extremas debidas al miedo de su disolución⁵³.

Pero en medio de tanto vituperio contra una sociedad agobiante por sus exigencias de renuncia y represión, Freud tiene en cuenta que las tentaciones, con su carga de deseo y prohibiciones, ocupan también un lugar de utilidad a nivel individual

y social. De hecho, en más de una oportunidad, convertirlas en un recurso es una estrategia con la cual se puede lograr aumentar el placer. En lo relacionado con la sexualidad Freud considera que el impulso erótico puede llegar a perder considerable valor psíquico si se presenta muy cómoda y fácil su satisfacción. De ahí que cuando las dificultades naturales no ofrezcan suficiente resistencia, los hombres pueden generar unas convencionales. Tal es el caso por ejemplo de la ocultación del cuerpo con la ropa, lo cual ve nuestro autor como una forma para mantener despierta la curiosidad sexual⁵⁴. Otro ejemplo lo constituye una interpretación de un hecho histórico. Freud afirma que la corriente ascética cristiana valoró de tal manera el amor, como el paganismo antiguo no pudo hacerlo nunca. El mayor nivel de esta valoración se alcanzó, paradójicamente, con los monjes ascéticos, "cuya vida no era sino una continua lucha contra la tentación libidinosa"⁵⁵.

A modo de conclusión

Entre la neurosis y la culpabilidad

Tal como lo señalamos en los párrafos introductorios de este escrito, se ha podido ver a lo largo de sus páginas que efectivamente el tema de la tentación se presenta como un tema cuya explicación aporta una visión comprensiva de la teoría psicoanalítica. Sin embargo, lo expuesto aquí no alcanza a ser un tratamiento suficientemente exhaustivo. No pretendía serlo. La intención era, como se señaló, una primera aproximación. Se quería señalar la importancia de la tentación en la vida psíquica del individuo, lo cual exigía una explicación de lo que se podía entender por ella en el marco de la teoría freudiana.

La apelación que se hizo a la perspectiva dinámica resultó provechosa. También tener presente el camino freudiano que va desde lo patológico hacia su explicación con base en una teoría de la psique.

La idea que nos sirvió de guía se apoyaba en la perspectiva mencionada. Según ella en la tentación se puede apreciar la convergencia de fuerzas que se oponen, como resultado de la represión. En efecto, impulsos que "pujan" por su satisfacción, y prohibiciones que se la impiden, suscitan unidas en el individuo una situación de tensión mayor a la del deseo. Esta tensión le exige asumir una posición, bajo pena de que de no hacerlo vivirá en un

conflicto interno que le enajene de posibilidades individuales y sociales. Individuales porque tal conflicto le coarta las escasas oportunidades que tiene, en el marco de su convivencia, de lograr algún placer y por ende un grado, aunque mínimo, de felicidad. Sociales, porque el gasto de energías que debatirse consigo mismo implica, empobrecen su colaboración en la obra cultural, o incluso lo llevan a abandonarla por enfermedad.

Lamentablemente el panorama de la vida de los individuos en sociedad que se puede apreciar desde el punto de vista del tema tratado no es muy alentador. Por una parte la convivencia social más exigente de renuncias y más prohibitiva, impide o bien, una suficiente introyección de las normas - muchas semejantes a las ineficientes defensas neuróticas contra la tentación que paradójicamente son una invitación a ella - o bien una interiorización de las prohibiciones, que constituyen al super-yo en un tirano que hace de los seres humanos sujetos temerosos de todo, pero más de sí mismos, de su culpabilidad. Por otra parte, las condiciones de constitución psíquica de un mayor número de individuos los lleva a no enfrentar sino a huir de sus tentaciones. Esto va incidiendo en menor salud mental, y por consiguiente menor posibilidad de un comportamiento consciente.

Ante este panorama sombrío no quedan abiertas muchas posibilidades de salida. La sublimación que podía dar un destino canalizador a las pulsiones, es prácticamente relegado a un segundo plano, pues sus condiciones tan especiales lo hacen propio de una élite muy pequeña de privilegiados. Las grandes producciones sociales del arte, la religión y la filosofía, permanecen susceptibles de ser explicadas como formas de histeria, neurosis obsesiva o paranoia respectivamente. Finalmente una posibilidad más que es invocada en los dos últimos renglones de la estupenda obra freudiana *El malestar en la cultura* en los cuales se apela al Eros, es apenas muy poco esperanzadora.

Una apreciación antropológico-filosófica: libertad y liberación

Quienes ven en los resultados de las investigaciones freudianas argumentos para plantear grandes interrogantes sobre la altísima valoración moderna del yo y de la conciencia, prevaleciente aún en nuestros días, no hacen sus advertencias en vano. A propósito de esto, es muy interesante una apreciación de Groddeck, autor citado por Freud a

la hora de explicar la profunda vinculación del yo con el ello, según la cual "el yo se conduce pasivamente en la vida, y ... en vez de vivir somos "vivos" por poderes ignotos e invencibles"⁵⁶. Teniendo en cuenta el tema estudiado y esta consideración, podría decirse que, ante una tentación de..., el yo no actúa, sino que reacciona. Lo hace frente a los impulsos del ello, unidos a los reprimidos, los cuales junto con su contraparte, es decir, las prohibiciones contenidas también en la tentación son despertados por el estímulo. De manera que el sujeto no es más un principio de acción, sino la convergencia de fuerzas que se contraponen y lo llevan a actuar a pesar de él.

La posibilidad del sujeto yoico y consciente que estaba unida al libre albedrío, queda entonces cuestionada. El determinismo psíquico que se desprende del psicoanálisis muestra, como lo señala el mismo Freud⁵⁷, que tanto en las decisiones importantes como en las triviales subyacen influencias internas. El individuo se justifica en las grandes e importantes decisiones por una sensación de coacción que finalmente es resultado de la introyección de prohibiciones unidas al temor al castigo. Pero, añade luego, en las decisiones triviales - aquellas en las cuales se puede tener un sentimiento de obrar en uno u otro sentido con "libre voluntad no motivada" - se manifiesta el reino de lo inconsciente.

Teniendo en cuenta lo anterior, desde una perspectiva antropológica podría pensarse que los aportes de la teoría psicoanalítica orientan la idea de libertad hacia la idea de liberación dada por el conocimiento de sí mismo, y de su cultura. En este sentido - y desde la perspectiva del tema de la tentación- la ayuda que una terapia puede darle al sujeto sería permitirle descubrir disposiciones de su carácter. Esto le haría posible adelantarse a los tipos de tentaciones que pueda tener. Entonces, al menos a ese nivel, podría cumplir con el mandato del Oráculo de Delfos, que ordena el conocimiento de sí mismo.

Ahora bien, un aporte al tema de la libertad en el orden de una aproximación al sentido de la vida no se puede encontrar en el psicoanálisis. Freud mismo no se lo propuso y más bien en un momento dado rehuyó plantearse, aduciendo que una pregunta por el sentido era un cuestionamiento que quedaba encerrado en el espacio de la religión. Podemos añadir que tal punto de vista se podría aplicar a la moral, otro espacio privilegiado para la reflexión sobre el tema de la tentación y la forma de hacerle frente con la propuesta

de fines y valores elevados. Pero sabemos bien que ni moral ni religión le interesaban por sí mismas a Freud. Si bien en un momento dado pareció adoptar un principio moral, un "interés práctico de la humanidad" que llevara a los sujetos a renunciar conscientemente a las tentaciones, (cuando criticó a Dostoyevski)⁵⁸, finalmente este principio también quedó explicado en el marco del complejo de Edipo. Precisamente se puede decir que su interés por la religión y la moral dependía del hecho de que, como fenómenos culturales, pudiesen ser explicados con la ayuda del psicoanálisis.

En la búsqueda de una razón de por qué en Freud hay un límite que no permite franquear el terreno de la liberación, es decir de la libertad de... hacia la idea de la libertad para... acogemos las ideas que explica Paul Ricoeur en su libro sobre Freud⁵⁹. Según este estudio, el análisis freudiano está enmarcado en una arqueología del sujeto. Con ello quiere decir el pensador francés que la obra de Freud se limita a desentrañar las fuentes del comportamiento de los individuos o de las colectividades. Pero no cabe en esta obra una intención teleológica. La reducción que se hace de la conciencia no permite darle ni un sentido al yo pienso, ni concederle capacidad de valorar su propia libertad, de tal manera que mediante su educación, pueda orientarla hacia fines propios. En otra parte⁶⁰ dirá Ricoeur - y con esto terminamos - que lo inaceptable de Freud radica en pretender agotar la genesis del sentido de la ética en el complejo de Edipo. Esto limita de tal manera al sujeto, que aún admitiendo la posibilidad de un imperativo diferente - o incluso la misma ley del padre - no tendría la capacidad de reconocer en una de ellas la senda de la libertad.

Notas

1. Las citas de los escritos de Freud están tomadas de: Freud, Sigmund: *Obras Completas* Traducción del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres. Cuarta Edición (Tres tomos) Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1981. Se citará los números de tomo y de página correspondientes.

2. Laplanche, J. y Pontalis, J.B.: *Diccionario de psicoanálisis* (Traducción de Fernando Cervantes Gimeno) Barcelona, Labor, 1983.

3. Cfr. *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas* II, 1341; ver también *Introducción al psicoanálisis* II, 2310.

4. Cfr. *Introducción al psicoanálisis* II, 2283
5. Cfr. *Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre* II, 1628
6. Cfr. *análisis fragmentario de una histeria* (Caso Dora) I, 982
7. Cfr. *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* III, 2611s.
8. Cfr. *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de Jensen* II, 1314.
9. Cfr. *Psicología de las masas y análisis del yo* III, 2588.
10. Cfr. Jones, Ernest: *Freud* (Traducción del Inglés por Mario Carlisky y José Cano). Barcelona, Salvat, 1984, p. 188.
11. Cfr. *La represión* II, 2054.
12. Cfr. *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia* (Caso "Schreber") II, 1520.
13. Cfr. *La represión* II, 2054.
14. Cfr. *El malestar en la cultura* III, 3046.
15. Cfr. *La interpretación de los sueños* I, 711.
16. Cfr. *Los actos obsesivos...* II, 1341.
17. *Ibid.*
18. Sobre la diferencia entre estímulos e impulsos ver *Tres ensayos para una teoría sexual* II, 1191.
19. Cfr. *El yo y el ello* III, 2705.
20. Cfr. *Tres ensayos para una teoría sexual* II, 1235 nota 712; ver también *El carácter y el erotismo anal* II, 1357.
21. Cfr. *El problema económico del masoquismo* III, 2758.
22. *Análisis fragmentario de una histeria* (Caso "Dora") I, 981s.
23. Cfr. *Ibid.* I, 973.
24. Cfr. *Ibid.*
25. Cfr. *El poeta y los sueños diurnos* II, 1344.
26. *En:* III, 2677ss.
27. *Ibid.* III, 2681.
28. *La responsabilidad moral por el contenido de los sueños* III, 2895.
29. Cfr. *El poeta y los sueños diurnos* II, 1344.
30. Cfr. *El porvenir de una ilusión* III, 2965.
31. Cfr. *El malestar...* III, 3054.
32. Cfr. *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* ("Caso del hombre de las ratas") II, 1452.
33. Cfr. *Inhibición, Síntoma y angustia* III, 2880.
34. Cfr. *El malestar en la cultura* III, 3054.
35. Cfr. *El porque de la guerra* III, 3215.
36. Cfr. *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* III, 3136.
37. Cfr. *El yo y el ello* III, 2713s.
38. Cfr. *La disolución del complejo de Edipo* III, 2750.
39. *Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica* III, 2427.
40. Cfr. *Nuevas lecciones...* III, 3138.
41. Cfr. *El malestar ...* III, 3027.
42. *Ibid.* III, 3027.
43. Cfr. *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* ("El caso del hombre de las ratas") II, 1445.
44. Cfr. *Una neurosis demoníaca...* III, 2684.
45. Cfr. *Dostoyevski y el parricidio* III, 3004.
46. *Ibid.*
47. Cfr. *Las neuropsicosis de defensa* I, 174.
48. *Neurosis y psicosis* III, 2742.
49. Cfr. *Totem y tabú* II, 1767.
50. Cfr. *Las resistencias contra el psicoanálisis* III, 2804.
51. *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna* II, 1256.
52. Cfr. *Psicoanálisis de masas ...* III, 2601.
53. Cfr. *Las resistencias contra el psicoanálisis* III, 2804.
54. Cfr. *Tres ensayos...* II, 1184.
55. *Sobre una degradación general de la vida erótica* II, 1715.
56. *El yo y el ello* III, 2707.
57. Cfr. *Psicopatología de la vida cotidiana* I, 915s.
58. Ver página 22.
59. Ricoeur, Paul: *Freud: Una interpretación de la cultura* (Traducción al español del original francés: *De l'interprétation - essai sur Freud*) Mexico, S. XXI, 1978, pp. 367 - 401.
60. Ricoeur, Paul: (Traducción al español del original francés *Freud: Una interpretación de la cultura De l'interprétation - essai su Freud*) Mexico, S. XXI, 1978, pp. 367-401.
61. Ricoeur, Paul: *Amor y justicia* Madrid, Caparrós Editores, 1993, pp. 84-85.